

Alessandro Portelli

LA ORDEN YA FUE EJECUTADA
ROMA, LAS FOSAS ARDEATINAS, LA MEMORIA

Prólogo a la edición en español

Este libro cuenta una matanza nazi perpetrada en Roma en el año 1944. Se trata de un acontecimiento que ha quedado grabado de modos complejos y problemáticos, aunque siempre dramáticos, en la memoria popular de Italia. A tal extremo es un hecho significativo, que hoy puedo tomarlo como punto de vista para narrar prácticamente un siglo de historia de mi ciudad. Pero no es un episodio que se refiera solamente a Italia, o solamente a Roma. Existe una relación no ocasional y tampoco instrumental entre este libro y América Latina, y particularmente Argentina. La lucha por la memoria y la justicia sobre la masacre de las Fosas Ardeatinas experimentó un viraje decisivo cuando el nazi Erich Priebke, uno de sus responsables, fue identificado y arrestado en Bariloche, Argentina, y extraditado y procesado en Italia. En ese punto, la historia del nazismo y de la resistencia en Italia se entrelaza con la historia de los criminales de guerra nazis que buscaron refugio en América Latina y que pesaron no poco en los destinos del continente. En otras palabras, la historia de las Fosas Ardeatinas, iniciada en Roma, ha tenido continuidad en América Latina, antes de regresar a casa. Por eso, es justo que la primera traducción de este libro se dé en la Argentina, en América Latina.

Pero la relación es todavía más profunda que este lazo directo. Cuando Giulia Spizzichino, cuya familia fue exterminada en las Fosas Ardeatinas y en Auschwitz, viajó a la Argentina para disertar, se encontró allí con las Madres de Plaza de Mayo. Eran dos historias paralelas y dos luchas comunes: *nunca más* rige tanto para las víctimas de la dictadura en la Argentina como para las víctimas de las Fosas Ardeatinas y de las infinitas matanzas nazis en Italia, y también para la *Shoah* (Giulia Spizzichino llegó a la Argentina poco después del atentado en el centro de cultura judía de Buenos Aires). Para todas estas historias no hay *punto final*: la reivindicación de justicia y de verdad no sirve para clausurar la memoria sino para mantenerla abierta.

La historia oral es un instrumento útil a esos fines, porque sus historias empujan siempre hacia atrás, hacia comienzos profundos, y no se detienen nunca en un final definitivo. Narrar las Fosas Ardeatinas

significa recorrer la identidad y la composición de la ciudad de Roma; recordar las Fosas Ardeatinas, mirar hacia delante, intervenir en la lucha democrática del presente. Este libro ha sido escrito y sigue viviendo en la Italia donde hoy están en el poder los herederos directos de los aliados de Hitler, donde el racismo retoma formas odiosas contra los inmigrantes y el prejuicio antiislámico recrudece acerbamente mientras el antisemitismo sigue sus correrías –de un modo ni siquiera demasiado subterráneo–, en la Italia donde el revisionismo histórico niega las raíces antifascistas de la república. Y, por cierto, no me corresponde a mí subrayar que esta traducción aparece en un momento todavía más difícil de la historia de Argentina, un momento en el que vuelven a proponerse en términos a menudo dramáticos los antiguos lazos entre los dos países.

Un libro hecho de relatos sirve para producir otros relatos, para que la máquina de narrar y de recordar se mueva. Por eso, no he podido cerrar el libro una vez terminado: él ha empezado a reabrirse en el deseo de hablar, de recordar, de contar, de discutir, que ha puesto nuevamente en movimiento a quien lo leía, y a mí mismo. Si al comienzo había sentido que esta historia me llamaba, ahora sigue llamándome, y todavía con más fuerza.

Roma, *via Tasso*, octubre de 2000. Ascanio Celestini, un joven actor romano, presenta un monólogo dramático, *Radio clandestina*, ideado a partir de este libro. Con la ternura necesaria para contar una historia terrible, vuelve a recorrer su itinerario, no interpretando sus páginas sino apropiándose de estas historias y entrelazándolas con relatos personales y familiares que el libro ha evocado en su memoria. Las historias que Ada Pignotti y Gabriella Polli me han contado, y yo volví a contar en el libro, ahora son suyas, y de él pasan a quienes lo escuchan.

Palermo, 5 de mayo de 2000. El señor Leonello Paoloni me entrega un texto suyo titulado *“Ricordi sugli eventi del marzo 1944. Dopo la lettura del libro di Alessandro Portelli”*. Allí describe su infancia no lejana de la Ardeatina, los paseos con los padres en Roma, los contactos con los antifascistas, las tropas alemanas que bloquean la *via Ardeatina*, las detonaciones que hacen saltar las cavas para ocultar los cuerpos de los asesinados: “vi dos columnas de humo blanquecino, cercanas entre sí, iluminadas por el sol, y que subían altísimas”.

Esa historia la he recibido en Palermo. En el extremo opuesto de Italia, en Trieste, me entregan un apunte sobre Mario Haipel, muerto en las Fosas Ardeatinas. En Alessano, en el extremo sur de la Puglia, conmemoramos a Ugo Baglivo, abogado del Partito d’Azione, muerto en las Fosas Ardeatinas. En Sassari, en Cerdeña, me cuentan de Gavino De Lunas, gran cantante y guitarrista sardo, muerto en las Fosas Ardeatinas; después, me envían un disco con sus grabaciones históricas de 1930-1932. Desde Trapani, en Sicilia, un joven periodista

se me acerca para escribir sobre el carabiniere Pietro Ermelindo Lungaro, muerto en las Fosas Ardeatinas. El trabajo de recordar y de contar, del que este libro forma parte, esforzándose por re-activarlo, sigue de un extremo al otro de Italia.

Roma, sala del concejo comunal, 15 de noviembre de 2001. Se presenta la autobiografía de Carla Capponi, protagonista de la resistencia romana y de esta historia en particular; se titula *Con cuore di donna*. Observo aquella sala llena de hermosos rostros de cabellos grises, una generación que se estrecha alrededor de un símbolo viviente propio, y me pregunto cómo es posible que allá arriba, entre los relatores, junto a Tina Anselmi y a Carla Capponi, esté también yo, que tengo veinte años menos. Después, Carla tiene la generosidad de mencionar mi libro, y entonces comprendo el sentido de las frases, sugerencias, fragmentos de diálogo con la generación del antifascismo y de los familiares de las víctimas: ¿qué será de esta historia después de nosotros?

En *Absalom, Absalom!*, de William Faulkner, el joven Quentin Compson se pregunta por qué la señora Rosa Compson le cuenta justamente a él su versión del pasado. Después comprende: “me la cuenta a mí porque ya la sé y para que, uniéndola a otras historias, memorias y pasiones, siga contándola”. Carla Capponi o Ada Pignotti no me han “elegido”; yo fui a buscarlas, pero en cuanto escuché, razoné y conté, ya no me está permitido abandonar.

He entendido concretamente algo que sabía en teoría: una tradición es un proceso en el que también la simple repetición significa una responsabilidad crucial, porque el sutil encaje de la memoria se lacera de modo irreparable cada vez que alguien calla. No es solamente en África donde, como decía Jomo Kenyatta, se quema una biblioteca cada vez que muere un viejo; también en Italia, cada vez que un antifascista calla, se quema un pedazo de libertad.

Para terminar: ha sido la generosidad, la hospitalidad, la amistad de Dora Schwarzstein lo que ha impulsado la traducción de este libro, y para que se tradujese tan bien. Dora es una protagonista del trabajo sobre la memoria y la historia oral en la Argentina –y no sólo sobre eso– y una querida amiga. En estos momentos, no puedo dejar de pensar en ella, y a ella le dedico esta nueva encarnación de mi relato.

ALESSANDRO PORTELLI
Septiembre de 2002

Introducción (fragmento)

Padre celestial Dios de tanto amor
concede fuerza a mi Musa oh gran
soberano un hecho horrendo que
me destroza el corazón y mientras
escribo me tiembla la mano. Roma
jardín de rosas y de flores eres
comandada por un pueblo extraño
para dominar nuestra capital no le
espera bien a quien nos trajo el
mal.

EGIDIO CRISTINI, poeta popular,
octavas, 1957¹

No hubo ninguna investigación

El 25 de marzo de 1944, los lectores de los diarios romanos encontraban el siguiente comunicado de la agencia oficial Steffani, emanado del comando alemán de la ciudad ocupada de Roma a las 22:55 del 24 de marzo:

En la tarde del 23 de marzo de 1944, elementos criminales han ejecutado un atentado con lanzamiento de bombas contra una columna alemana de policía en tránsito por *via* Rasella. Como consecuencia de esta emboscada, 32 hombres de la policía alemana fueron muertos y muchos, heridos.

La vil emboscada fue ejecutada por comunistas badoglianos. Todavía se están realizando las investigaciones con la finalidad de esclarecer hasta qué punto este hecho criminal puede atribuirse a una incitación anglo-norteamericana.

El Comando alemán ha decidido destruir la actividad de estos infames bandidos. Nadie podrá sabotear impunemente la cooperación ítalo-alemana nuevamente confirmada. El Comando alemán, por lo tanto, ha ordenado que por cada alemán muerto diez criminales comunistas badoglianos sean fusilados. Esta orden ya fue ejecutada.

¹ Egidio Cristini, "Il massacro dei trecentoventi", recogido en Roma en 1957 por Roberto Leydi; en el disco *Avanti Popolo*, 6, *Fischia il vento*, a cargo del Istituto Ernesto De Martino, Roma, Hobby & Work, 1998. Egidio Cristini, albañil y poeta improvisador de Tofa, quien residió después en Santa Marinella, todavía es recordado por los poetas en octava rima del Lazio. Tuvo un momento de notoriedad cuando se presentó en "Lascia o radoppia?" sobre la Divina Comedia (de una conversación con Stefano Prati, poeta improvisador, Ardena, 5/9/1998).

* Badoglianos: milicias fieles al general Pietro Badoglio; quien, luego de la caída del *Duce* fue nombrado primer ministro por el rey Víctor Manuel III. El 8 de septiembre de 1943 firmó la rendición a los aliados y, luego, declaró la guerra a Alemania. [N. del T.]

Vanda Perretta:^a “Un flash. Nosotros pequeños, nosotros tres, muy pequeños, con mi madre, delante de una pared, Montesacro, acaso cerca del mercado, una pared a la que podría reconocer si llegara a ella, y mi madre que lee en voz alta, con voz semialta, el bando que terminaba diciendo: ‘la orden ya fue ejecutada’. ‘La orden ya fue ejecutada’ es una frase que me ha quedado impresa en la mente, siempre, en referencia a las Fosas Ardeatinas”.

Al día siguiente, el *Osservatore Romano*, órgano oficial del Vaticano, reproduciendo el comunicado alemán, agregaba un comentario que comenzaba de este modo:

Ante hechos semejantes, todo ánimo honesto queda profundamente dolorido en nombre de la humanidad, de los sentimientos cristianos. Treinta y dos víctimas de un lado; trescientos veinte personas sacrificadas por los culpables escapados al arresto, por el otro...

Fuera, por encima de la lucha... invocamos de los irresponsables el respeto por la vida humana, que no tienen el derecho a sacrificar nunca; el respeto por la inocencia, que es fatalmente víctima de aquélla; y de los responsables, la conciencia de ésta su responsabilidad, hacia ellos mismos, hacia las vidas que quieren salvaguardar, hacia la historia y la civilización.

Este libro es en esencia una reflexión sobre dos fórmulas que dominan los textos de los alemanes y del Vaticano: esta “orden ya fue ejecutada”, y la nítida diferenciación entre “víctimas” (los alemanes), “personas sacrificadas” (los 335 hombres muertos en represalia en las Fosas Ardeatinas) y “culpables escapados al arresto” (los partisanos).

En la primera fórmula, más allá de términos que volverán en las narraciones sucesivas (la “vil emboscada”, por ejemplo), es ante todo imposible sustraerse a la fascinación de esa palabra, *orden*. En un primer nivel, designa la cadena del comando y de la disciplina, la eficiencia y la rapidez (*ya ejecutada*) asociadas con el *orden* de la ocupación militar, del Estado autoritario, del estereotipo germánico. En otro plano, cierra un relato abierto por una alteración, con el anuncio tranquilizador de que el *orden* público (y el orden del discurso) ha sido restablecido, que ha vuelto la normalidad rota: “Ven Dolabella, y reconoce / un orden solemne en esta ceremonia” (William Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*).²

Así se intuye aquella pavorosa simetría de acción y reacción, atentado y represalia, delito y castigo (con su geométrica relación de

^a Vanda Perretta (1937), profesora universitaria de lengua y literatura alemana; 4/2/1999.

² “Come, Dolabella, see/High order in this solemnity.” Son las últimas palabras de *Antonio y Cleopatra* de William Shakespeare, acto IV, escena II, vv. 393-394 [trad. cast.: *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1950, p. 1839]. Agradezco a Sonia Di Loreto por haberme recordado este pasaje.

uno a diez) que dominará la memoria de estos hechos: como si el caso hubiera sido abierto y cerrado en el espacio de dos párrafos, como si nada hubiera sucedido antes y después, y la secuencia de *via Rasella-Fosas Ardeatinas* fuera un ciclo cerrado en sí mismo. Ejecutada la orden, que no se hable más de ella; pongamos una piedra encima, o mejor, como hicieron los nazis, un montón de puzolana en las galerías derrumbadas y un estrato de basura para cubrir el olor.

Pero hay más: en el plano meramente referencial, en realidad, declara una simple verdad, que los comandantes alemanes tuvieron que confirmar con repugnancia en los procesos de la posguerra: el anuncio de la represalia fue dado solamente *después* de haber sido ejecutada. Entonces no hubo investigación alguna y tampoco ninguna ocasión de “presentarse” ante los alemanes para evitarlo.

No hubo ningún bando pegado en las paredes, ningún comunicado radial, ningún intento serio de capturar a quien había cumplido la acción. Pero una de las paradojas de esta historia es que, alrededor de ella, se ha consolidado un sentido común empapado de desinformación, que vuelca la responsabilidad de la masacre sobre los partisanos, los reos, de no haber previsto la represalia entregándose a los nazis. Este sentido común se presenta, por un lado, como una contranarración alternativa a la “historia de los vencedores” y a la “vulgata de la resistencia” y, por otro lado, se vale de la fuerza institucional de entes, poderes, partidos, órganos de comunicación para nada minoritarios o subalternos: combina entonces la sugestión de un relato alternativo con la fuerza de penetración de una narración hegemónica.

El editorial del *Osservatore Romano* es, en este sentido, un texto ejemplar y fundacional por su oportunidad y por el carácter autorizado de la fuente. Apenas ha sucedido la matanza en las Fosas Ardeatinas, pero las víctimas son sólo los alemanes; los hombres muertos en las Ardeatinas aparecen sólo como “personas *sacrificadas*”. Resulta difícil imaginar que el órgano oficial de la Iglesia católica utilice un término como *sacrificadas* de modo neutral, casual. Un sacrificio, capaz de reflejar lo sacro, es la reparación por una culpa, un gesto de purificación. Creo que involuntariamente pero de modo significativo, esta expresión del diario de la Iglesia parece sugerir que lo sucedido en las Fosas Ardeatinas fue un acto litúrgico, cuyos oficiantes podemos imaginar.³

No hay dudas acerca de sobre quiénes recae la culpa que hace necesario el sacrificio: los “culpables escapados al arresto”. El *Osservatore Romano* deja entender entonces que los nazis buscaron a

³ Efectivamente, el editorial niega el “derecho de sacrificar” vidas humanas a los “irresponsables” (los partisanos), mientras que de los “responsables” (los nazis) invoca solamente un sentido de responsabilidad y les reconoce, inmediatamente después de la masacre, la intención de “salvaguardar” vidas humanas.

los “culpables” antes de decidirse a la masacre; tampoco están en conocimiento de rectificaciones, previsiones o desmentidas posteriores. Aquí nace el desplazamiento de la culpa sobre los viles partisanos que fueron a ocultarse abandonando (“irresponsables”), a su destino, a las víctimas de la represalia.⁴ Además de la derecha política, serán justamente órganos y fuentes cercanas a la Iglesia y al mundo católico, a partir de los Comités cívicos, los que relanzarán esta versión en el curso de los años, hasta hacerla entrar en las venas de la imaginación común, contribuyendo así a envenenar la memoria del hecho, y con ella a la memoria de la resistencia, de la identidad y de los orígenes de la República. Que es el verdadero éxito a largo plazo de la represalia nazi.

El día que comencé a pensar en este libro, le mencioné las Fosas Ardeatinas a una amiga, una mujer de unos cuarenta años, diplomada, muy culta e inteligente, con una vida de militancia en la izquierda. Y ella reaccionó: “Te lo digo in *camera caritatis*, y no lo diría fuera de aquí; pero, ¿por qué aquellos no se presentaron?”. Mi amiga no sabía que la noticia de la represalia fue proporcionada solamente después de la masacre, y que entonces no hubo invitación alguna a presentarse. No sabía que se había desarrollado un proceso contra los partisanos, para declararlos responsables de la represalia, y que se había terminado con tres absoluciones en los años 1950, 1954 y 1957.⁵ La cuestión es que, hasta el proceso Priebke, ni lo sabía yo, y en los orígenes de este libro no resulta extraño el desconcierto ante el descubrimiento de cuánto me sentía sujeto también yo a este sentido común.

Por otro lado, estamos rodeados por ese sentido común. En Zagarolo, en la provincia de Roma, la calle principal está dedicada a Antonio Fabrini, obrero, “mártir de las Fosas Ardeatinas”. Me detengo a hablar con un grupo de personas, y un agricultor jubilado, que también es Fabrini^b de apellido, dice: “Después en Regina Coeli, cuando fue el atentado en *via Rasella*, que murieron 33 alemanes, entonces capturaron a estos prisioneros políticos. A él [Antonio Fabrini] lo mataron, éstos lo mataron, porque hicieron la [represalia]; pero a Capponi y a Bentivegna les dieron la medalla de oro. ¿Cuándo les hacen el proceso a éstos? ¡Ah, no! A éstos, los hacemos héroes; a los otros, los matamos. Eh, querido amigo. ¿Por qué? ¿No eran hijos de

⁴ Dan Kurzman, periodista e historiador estadounidense, no filocomunista, comenta así el comunicado del vaticano: “Los ‘elementos irresponsables’, cuya ciudad estaba ocupada, habrían debido ‘respetar la vida humana’ y la ‘inocencia’ de los ocupantes; los ‘elementos responsables’, es decir, los ocupantes mismos, sólo debían ser ‘conscientes’ de su propia responsabilidad hacia la vida humana” (*Obiettivo Roma*, Milán, Dall’Oglio, 1977, p. 268).

⁵ Carlo Galante Garrone, “Via Rasella davanti ai giudici”, en: AA.VV., *Priebke e il massacro delle Ardeatine*, a cargo del Istituto romano per la storia d’Italia dal fascismo alla resistenza, suplemento de *L’Unità*, agosto de 1996.

^b Giuseppe Fabrini (1926), agricultor; Zagarolo; 25/8/1997.

madre aquellos 33 del Alto Adigio? Así. Ponemos una bomba y nos escapamos. No se presentaron al llamado –tenía que presentarse el que puso la bomba–. ¡Qué importa! Se agarra la medalla de oro y los sueldos. Mira, no hablemos más, porque nos quedamos mal. Y mi idea la tienen muchos, y muchos muchos muchos muchos. Y éstos se van de paseo con su medalla. Y a los otros los mataron. Padres de familia. Tenía dos, tres hijos tenía, pequeños”.

Un sábado a la mañana del mes de noviembre de 1997, en la cripta de las Fosas Ardeatinas, sorprendo una conversación entre un grupo de señoras ancianas. Vienen de Tívoli, han hecho una excursión al Divino Amore en la *via* Ardeatina y después han venido aquí. “Pienso que también fue ordenado”, dice una, refiriéndose a Priebke, y las otras hacen eco: “Claro que le dieron la orden”. Pregunto si ellas, en caso de que les ordenaran hacer lo mismo, lo harían: “No, por caridad, no, pero yo dije: le dieron la orden, no fue justamente idea suya, quiero decir, ve allí, quiero matar a trescientas personas...”. Están muy conmovidas; algunas de ellas han estado ya aquí inmediatamente después de la guerra. Pero otra concluye: “Y después le dieron la medalla de oro al que puso la bomba en *via* Rasella; pero yo lo hubiera fusilado a ése. Porque si se sentía tan héroe, podía aparecer y decir, en lugar de matar a todas estas personas, fui yo. Como hizo Salvo D’Acquisto que no mató a nadie, pero dijo fui yo y salvó a todas aquellas otras personas”.^c En mi sala de la universidad, una estudiante, Sara Leoni,^d me cuenta una historia fantástica: “en el sentido de que mi abuela ha hospedado en su casa a una de las personas que arrojaron la bomba en *via* Rasella: Carla Capponi. En realidad, todos decían ‘no, tienes que confesar, porque pueden matar a doscientas personas’. Y después ella decidió no confesar”. Es un relato mítico, tendiente como tantos otros a reforzar la relación personal del narrador con un hecho significativo de la Historia; y por cierto no es el único relato erróneo sobre el comportamiento de los *gappisti*^{*} después de *via* Rasella. Más tarde, un pariente suyo me explica que en realidad fue sólo la madre de Carla Capponi, amiga de la familia, quien fue hospedada por sus padres, ya desde antes de *via* Rasella. Pero también ella cree recordar encendidas discusiones sobre la conveniencia de que los *gappisti* se entregaran.^e

“El acto de guerra en cuanto tal era considerado –aun por los viejos que habían hecho la República Social, y que habían seguido siendo fascistas hasta el final–, como un acto legítimo. Lo que se consideraba vil era el no presentarse, a pesar de que todos supieran bien la

^c Interlocutora no identificada, de Tívoli, de unos 70 años; Fosas Ardeatinas; 8/11/1997.

^d Sara Leoni (25 años), estudiante de lenguas extranjeras; 12/9/1997.

^{*} *Gappisti*: Miembros de los Grupos de Acción Patriótica [GAP]: fuerzas de resistencia romana formadas, en gran parte, por estudiantes pequeñoburgueses afiliados al PC.

^e María Grazia Petterini (1935), empleada; 15/10/1997.

consecuencia, en cuanto el derecho de represalia estaba ampliamente previsto” (*Gianfranco Fini*).^f Mario Fiorentini,⁹ que fue uno de los organizadores de la acción de *via Rasella*, dice: “En Roma, si les preguntas a diez personas sobre *via Rasella*, probablemente tres de ellas entienden el punto de vista de los *gappisti* y lo sostienen, dos no saben qué decir y cinco son contrarios”. Esta convicción se funda en algunas ideas recurrentes: que la represalia era automática y, por lo tanto, prevista por los partisanos; que se habría podido evitar si los partisanos se hubieran “presentado”, como se cuenta que hizo el carabiniero Salvo D’Acquisto; que los alemanes no eran responsables de la matanza, sino meros ejecutores de órdenes. A los policías del Batallón Bozen y a las personas muertas en las Fosas Ardeatinas se las figuran a todas, por igual, como víctimas de los partisanos de *via Rasella*, todos “padres de familia”, como dice elocuentemente Giuseppe Fabrini.

Ahora bien, el agricultor de Zagarolo, la estudiante romana, las pías mujeres de las Fosas Ardeatinas no son fascistas; la emoción principal, ante todo en el caso de las últimas, es la piedad cristiana por los muertos. Sin embargo, su argumentación se une de modo impresionante no sólo a la actitud dictada por el órgano oficial de la Iglesia católica inmediatamente después de los hechos, sino también a los carteles pegados en las calles de Roma, todavía a fines de noviembre de 1997, por los jóvenes *rautiani*** de la Fiamma, que exigían la libertad de Priebke y la condena de los partisanos “asesinos”.⁶ La historia de *via Rasella* y de las Fosas Ardeatinas es acaso el único terreno en que las posiciones de la derecha más extrema se han fusionado sin solución de continuidad con el sentido común moderado. Y es esta convergencia lo que vuelve particularmente inquietantes los relatos difundidos sobre las Fosas Ardeatinas.

))((

^f Gianfranco Fini (1952), secretario político de Alleanza Nazionale; 1/12/1997.

⁹ Mario Fiorentini (1918), profesor universitario de matemática, miembro de los GAP centrales; participó en la preparación de la acción de *via Rasella*; 15 y 29/7, 1/11/1997; 5/1, 2/3, 7/11/1998.

** *Rautiani*: Seguidores de Pino Rauti, presidente del MSJ.

⁶ *La Repubblica*, 30 de noviembre de 1997, crónica de Roma, p. VII.

Fuentes orales

[En chino] las expresiones para decir *venganza* son: “contar un crimen” o “hablar de cinco familias”. La venganza es la narración.
MAXINE HONG KINGSTON, *The woman warrior*¹³

En los comienzos de este proyecto me tocó encontrarme en la facultad con un joven judío romano. Para su suerte, no había perdido a ningún familiar cercano en las Fosas Ardeatinas o en los campos de exterminio. Le había pedido que habláramos justamente por esto, a fin de empezar a formarme una idea de la transmisión y la circulación de estas memorias más allá del círculo de las personas directamente golpeadas, en el gueto de Roma. Al final de la conversación le agradecí, y él me agradeció a mí. Después me explicó: “Ves, yo llegué aquí un poco antes y no había almorzado. Entonces, pensé ir al bar que está abajo. Miré, vi que tenían solamente sándwiches de jamón y mozzarella. En otro momento, los hubiera comido sin problemas. Pero ahora debía dar la entrevista, y no tenía ánimo para comerlo. Porque, para mí, ésta era una *mitzvah*”.¹⁴

Una diferencia entre las fuentes escritas y las fuentes orales consiste en que las primeras son por lo común documentos y las segundas son siempre actos; no deben pensarse en términos sustantivos y de cosas, sino de verbos y de procesos; no la memoria y el relato, sino recordar, contar. Las fuentes orales no son nunca anónimas e impersonales, como es justo que sean las institucionales. Por cuanto la narración y la memoria pueden contener materiales compartidos con otros, los que recuerdan y cuentan son siempre individuos singulares, que asumen de vez en vez la responsabilidad y el compromiso de lo que recuerdan y dicen. Por eso, una entrevista, aun para una persona joven y alejada de los hechos, puede ser una *mitzvah*, un precepto –testimoniar, en el sentido menos cercano al judicial y más al religioso –. Settimia Spizzichino,^a la única mujer entre los rastrillados del 16 de octubre que pudo volver, dice: “Yo hice una promesa cuando estaba en el campo, hice una promesa solemne a mis cincuenta compañeras, que en gran cantidad fueron seleccionadas [para ser muertas] y muchas murieron de enfermedad, de privaciones. Yo me rebelaba, no sabía si imprecuar a

¹³ Maxine Hong Kingston, *The Woman Warrior* (1975), Nueva York, Vintage, 1989, p. 53

¹⁴ No indico el nombre de mi interlocutor, y tampoco hago en el libro otras referencias a nuestro coloquio, porque me ha pedido que su familia no conociera el hecho de que a veces transgrede las normas alimentarias.

^a Settimia Spizzichino (1921), empleada, deportada a Bergen Belsen; la madre, dos hermanos y tres sobrinos murieron en el campo de exterminio; 22/11/1997.

Dios o rezarle, decía: ‘Señor sálvame sálvame, porque debo volver y contar’”.

Pero contar –como lo han sentido trágicamente muchos de los sobrevivientes de los campos de exterminio– depende de la existencia de alguien que escuche. Una de las cosas que diferencia las fuentes orales es justamente el hecho de ser el final de un trabajo común entre los narradores y el investigador, que los va a buscar, los escucha, les pregunta. También este hecho puede ser un precepto, oral y profesional. Así lo ha explicado otra estudiante de mi departamento:

Sibilla Drisaldi:^b “Si recuerda *Alce Nero parla*, a mí me había interesado que Alce Nero, cuando el encargado de la transcripción se le acerca a pedirle que cuente su historia, le hace entender que ella no solamente lo esperaba, sino que sabía que llegaría una persona a hacer dicha colección, esta transcripción, y además le hace entender que ella lo habría llamado. Y pensando en esto, recordé que hace dos años, al salir de una librería donde había estado comprando un libro de James Welch,¹⁵ entre otras cosas, para un seminario suyo, estaba con mi padre y nos pusimos a hablar de indios, de la resistencia india, y de allí llegamos no sé cómo a los partisanos y a *via Rasella*. No era la primera vez que escuchaba relatos históricos de mi padre sobre ese hecho, porque mi padre –más allá de que mi abuelo era partisano– seguramente conoce la historia. Pero aquella vez, del relato que él hacía justamente de *via Rasella*, pensé que hubiera sido muy hermoso, más allá de la reconstrucción histórica, contar las historias de las personas que vivieron aquel período, en la memoria. La única persona que conozco y que podría hacer un trabajo de este tipo, atendiendo no solamente a la colección de las informaciones, sino también a las historias de vida –porque existe un interés ligado a, a la literatura, ¿no?, por las historias–; y pensé: Sandro Portelli”.

No soy la única persona, pero realmente he tenido la noción de que esta historia me llamaba y he sentido personalmente la necesidad de este relato. Este libro nace un día de agosto de 1994, pocos meses después del ascenso de la derecha al gobierno, cuando encontré una gran esvástica negra pintada en la columna que frente a mi casa conmemora a los catorce masacrados del 4 de junio en la Storta. La necesidad de “contar un crimen” siguió luego, cuando Leonardo Paggi me comprometió en el encuentro “*In Memory*” sobre las matanzas nazis en Europa y sobre la “memoria dividida” de Civitella en Val di Chiara¹⁶ y, junto a Franco De Felice, prácticamente me obligó a que empezara a pensar en las Fosas Ardeatinas.

^b Sibilla Drisaldi (1967), música, estudiante universitaria de lenguas extranjeras; 12/12/1997.

¹⁵ James Welch (1940) es un escritor norteamericano Blackfeet.

¹⁶ Leonardo Paggi (comp.), *Storia e memoria di un massacro ordinario*, Roma, Manifestolibri, 1996.

Pero no fuimos solamente los narradores y narradoras, que aceptaron hablarme, y yo como investigador quienes pensamos en este trabajo como una cosa que debía ser hecha. Muchas de las personas que me ayudaron a transcribir las entrevistas me regalaron su trabajo; todos aquellos que no podían permitírselo, aceptaron compensaciones prácticamente simbólicas. No lo hicieron por mí, sino por la historia que me ayudaban a armar, por el crimen que debía ser narrado. Sus nombres son: Giuseppina Incalza, Manuela Bagnetti, Cristiana Cervelloni, Marco Morini, Alessia Guglielmi, Sara Antonelli, Lucia Antonelli, Ulrike Viccaro, Romina Cometti, Giuliano Di Cerbo, Sara Manafra... La Asociación nacional de las familias de los mártires caídos por la libertad de Italia [ANFIM], el Instituto romano para la historia de Italia desde el fascismo hasta la resistencia [IRSIFAR] y el Centro de Cultura Judía de Roma me ayudaron sin interferir. Muchas personas (entre otras, la señora Emma Fiorentino Alatri, Luciano Chiolli, Piero De Gennaro, Massimo Taborri y el Círculo Cultural Montesacro) se comprometieron a encontrarme contactos, a organizar entrevistas; Flavio Govoni me permitió publicar algunos versos de la obra poética de Corrado Govoni. Pero debo recordar a personas de alineación opuesta (el abogado Giachini, Gianfranco Fini), que han confiado en mi conducta intelectual, sino en otra cosa. Es motivo de orgullo que esta investigación se haya desarrollado sin sostén o espónsor alguno, institucional o no. Es una señal de que, si se quiere, muchas cosas pueden hacerse.

Deseo, dolor, búsqueda de sentido

La impresión de que esta historia me llamaba la he tenido no solamente por motivos de moral cívica, sino también porque constituía un desafío y una oportunidad única en el plano metodológico e intelectual para la práctica y la teoría de la historia oral. La historia oral es ante todo un trabajo de relaciones: entre narradores e investigadores, entre hechos del pasado y narraciones dialógicas del presente; es un trabajo esforzado y difícil, porque exige al historiador el trabajo tanto en la dimensión fáctica como en la narrativa, en el referente y en el significativo, en el pasado y en el presente, y ante todo en el espacio que corre entre los dos. Ahora, las Fosas Ardeatinas son un hecho acaecido, pero también un hecho intensamente recordado y conflictivamente narrado: la bibliografía que se refiere a ellas es enorme y heterogénea, al punto de que podemos decir, con Washington Irving, que *via Rasella* y las Fosas Ardeatinas están entre esos hechos que se

han vuelto incognoscibles por haber sido demasiado narrados.¹⁷ No propongo agregarme a esta cantidad, porque este libro no contiene nuevas revelaciones o *scoop* sobre la marcha de los hechos, asumo las conclusiones (y las incertidumbres) de la historiografía existente; las fuentes escritas, bibliográficas y periodísticas, más allá de algunos documentos personales que me fueron ofrecidos por los entrevistados, son esencialmente fuentes ya públicas. Ante todo sirven para disponer de un cuadro problemático pero plausible de los hechos, sobre el cual resulta posible verificar y medir el trabajo creativo de la memoria y la narración.

No hago entonces historia “solamente con las fuentes orales”, sino que son las fuentes orales las que me interesan. En primer lugar, porque documentan historias personales demasiado privadas como para despertar la atención de la historiografía, de las fuentes institucionales y de la prensa, que se concentran casi siempre en los hechos en estricto sentido y saben muy poco de las vidas que los han precedido y ante todo de aquellas que los han seguido, excepto cuando las redescubren, como congeladas en el tiempo, en la apertura del proceso Priebke. A través del relato de fuentes orales, cubrimos este vacío temporal, seguimos la transformación del significado de las Fosas Ardeatinas para las personas comprometidas en ellas y para la ciudad de Roma, reconstruimos la batalla por la memoria, exploramos la relación entre la materialidad de los hechos y la subjetividad de las personas, aprehendemos la multiplicidad y la mutación histórica de los modos de enfrentar y de elaborar la muerte.

En segundo lugar, y justamente por ello, me fascina la importancia de los relatos erróneos, de los mitos, de las leyendas, de los silencios que se han espesado y reunido alrededor de estos hechos. La historia oral, en realidad, distingue entre hechos y relatos, entre historia y memoria, justamente porque considera que los relatos y las memorias son ellos mismos hechos históricos. Que una versión errada de la historia se vuelva sentido común no nos llama solamente a rectificar la reconstrucción de los hechos, sino también a interrogarnos sobre cómo y por qué este sentido común se ha construido, sobre su significado y sobre su utilidad. La credibilidad específica de las fuentes orales consiste en el hecho de que, aunque no correspondan a los hechos, las discrepancias y los errores son hechos en sí mismos, signos reveladores que remiten al tiempo del deseo y del dolor y a la difícil búsqueda del sentido.

Por otro lado, esto me parece necesario cuando la batalla sobre la memoria no se refiere ya solamente a las controversias entre los historiadores, o a las polémicas de parte que se han quedado en el

¹⁷ Washington Irving, “The Devil and Tom Walker”, en: *Tales of a Traveller*, 1824 [trad. cast.: *Cuentos de un viajero*, Buenos Aires, Alfa, 1969].

pasado, sino que se convierte en el terreno mismo donde se discute de nuevo, se refunda o se demuele la identidad misma de nuestra República y de nuestra democracia surgida de aquellos hechos.